

## RELATO RETROSPECTIVO FIESTAS Y ESPECTACULOS DE MURCIA

**E**L veinticinco de junio del año mil novecientos seis, vine a Murcia, a servir de aprendiz en el comercio de Ultramarinos de D. Juan Antonio Garrigós, unico medio a mi alcance que me permitiera, a la vez que aprender una profesión, practicar mi vocación artística, asistiendo a las clases de dibujo en mis horas libres; y así fué.

Estaba dicha tienda en el número setenta y seis de la calle de la Platería, esquina al callejón de Alfaro. Yo venía del campo con la inexperiencia de mis catorce años y una timidez campesina. Me deslumbró el lujo del establecimiento; más que el del establecimiento el del escaparate, aunque no sé me entró en el alma, así como también el de los demás comercios que nada extraordinario tenían, pero como yo había vivido hasta entonces, primero, en un pueblo modesto y, después, dos años en el campo, traía un concepto rural; mas debido a mi juventud sin ejemplos, confundíase mi criterio, pareciéndome lujosa toda la calle, toda la escaparatería, todas las fachadas, todos los rótulos, cualquier baratija, al establecer comparaciones, mediante el recuerdo, con las flores silvestres, la tierra llana, los olivos, los sembrados y las montañas, esto es, con el mundo que hasta entonces había vivido con deleite.

Me sentí aturdido, descentrado; poseído por la nostalgia me hubiese marchado a volver a vivir entre montañas. Me invadió una tristeza oculta, y añoraba como cosa ya para mí perdida e imposible de rehabilitar,



las retamas amarillas, las florecillas violeta en los sembrados, la leña del monte, la modestia de mi casa y la convivencia familiar.

Así transcurrieron dos meses hasta que llegaron los preparativos para la Feria de septiembre que yo esperaba ilusionado.

Unas casetas de madera, clavadas, por haber prestado anualmente su servicio, fueron montadas a lo largo de la orilla del río, frente a la Glorieta. Se hablaba de las corridas de toros que se habrían de celebrar, de otros festejos, del cinematógrafo. Empezaban a regresar de las playas las familias varaneantes trayendo la animación veraniega. Los feriantes también llegaban. La percalina cubrió las maderas de las casetas en esqueleto, y los juguetes, la bisutería, las atracciones y el alumbrado, ornamentaron el conjunto. Mi añoranza del campo estableció una tregua.

En la Glorieta comenzaron las veladas. La Banda de Espada ejecutaba un programa musical en el que pueden suponerse partituras de Fernández Caballero, Bretón, Chueca y Chapí.

La moda femenina imponía el uso del corsé hasta conseguir una cinturilla de avispa, la manga de pernil, el sombrero plagado de aves y lazos, la falda que obligaba a tener que llevarla recogida y las cejas pobladas.

En los hombres era moda el sombrero de paja, cuello foqui y bigotes engomados, como en las caricaturas de Cilla en el «Blanco y Negro», como en los cuadros veraniegos de Cecilio Plá.

Entre el murmullo de las gentes destacaba el pregón de los vendedores de biznagas y nardos, y en el espacio, el perfume de estas flores incorporado a las veladas de la feria murciana.

Junto a la fachada del Instituto instalaban un barracón-cinematográfico los «Hermanos García», con la actuación de los Hermanos Palacios, que cultivaron diferentes bailes regionales, o de Luis Esteso, aquel caricato, medio juglar y medio clown, de rostro dolorido, que popularizó «El crimen de Cuenca» y una serie de divertidos trabalenguas. Entonces aún no actuaba con «La Cibeles». Todos estos esparcimientos, actuaciones y festejos, tenían en vilo mi entusiasmo, pero uno, sobre todos, era esperado por mí con deseo excepcional; este era la Corrida de Toros, y la impresión que me produjo fué de esta manera.

Tengo que empezar diciendo que la primera corrida de cartel que presenciaba era ésta.

Se lidiaron seis toros de Saltillo, y los diestros fueron Lagartijo II, Machaquito y Regaterín.



Me deslumbró el aspecto de la Plaza. Con mucha viveza han quedado fijos en mi recuerdo principales detalles de aquella corrida. La encontré impresionante. El ruedo me parecía enorme, lujosísimos los mantones de manila en los palcos y muy alegre el color del tendido. Todo bien ordenado. El grito de «caballos... caballos...» no llegaba a proferirse en forma enfurecida. No escuché denuestos a los lidiadores, ni el consabido «acorta esa pica, morral», a los piqueros.

Lagartijo, Machaquito y el Regaterín vestían con más elegancia que el «Relampaguito», el «Serenito», el «Almendrito» y el «Zurdo», a quienes había visto torear en algunos pueblos. Me gustó que los toros fuesen arrastrados por las mulillas al matadero y no por mozos tirando de una maroma. Tampoco advertí la presencia de ningún espectador provisto de garrote en el callejón, dispuesto, en algún caso, hasta llegar al estacazo al torero que, perseguido por el toro, intentase saltar la barrera.

Mi inexperiencia no podía establecer en virtud del contraste esta conclusión. Que si la lidia era más ordenada y los toros embestían con menos arbitrariedad que los que yo había visto antes, era porque, además de ser bravos y no estar toreados, los lidiadores se producían con dominio y arte toreándolos, y el público se conducía frenando sus impulsos hasta donde pueden frenarse en una Plaza de Toros, dentro de una conducta o pasión taurina.

Lagartijo tenía expresión de hombre «desaborío» e indiferente. Seguramente toreaba con arte, cosa que yo no podía apreciar bien entonces, pero tenía una frialdad singular.

Vestía en aquella corrida un traje azul y oro, pareciendo que este color contribuía a hacerle inexpressivo. Tenía fama de ser muy apático, aunque sabía mucho. Decían los aficionados que cuando él quería... Pero la tuberculosis que, posiblemente, venía ya desarrollándosele lentamente, aclaró el porqué de aquella apatía y de su conducta indiferente.

No recuerdo bien su actuación aquella tarde. Debió ser mediocre cuando no la recuerdo, y en cambio tengo presente todavía su traje azul y su cara inexpressiva.

Lo que Regaterín hiciese, también lo recuerdo poco. Solamente tiene presencia en mi memoria, un lío de pases de pitón a pitón a un toro entablero en el tendido 2, y una bronca del público, más el traje precioso, granate y oro, que vestía aquella tarde.

Quien tuvo, y tiene plenitud en mi recuerdo, fué Machaquito. Vestía



un traje color café y oro. Rafael nunca tuvo predilección por los colores vivos.

Aquella tarde, como otras muchas, dió una nota muy alta de bravura, de hombría, de voluntad y pundonor. Su simpática nerviosidad y su arrogancia; el pecho avanzante, la cabeza de romano y músculos de gladiador. Certero al estoquear, tumbó a sus dos toros, que se derrumbaron aparatosamente con las patas por alto y la clásica costalada, cosa frecuente en este gran lidiador.

Después de la corrida el paseo de coches alrededor de la Glorieta, era un desfile aristocrático, un conjunto lujoso de vehículos, una exposición de belleza.

Con embriaguez que no lograba extinguir mi añoranza viví aquella primera feria que presencié en la capital. Ahora mencionaré otros espectáculos.

## EL PRIMER CINEMATOGRAFO

Antes que en Murcia había visto ya en Abarán el cinematógrafo. Frente al teatro, situado en una calle estrecha, un equipo ambulante situó un carromato con una caldera de vapor para producir el flúido.

Por las tardes, cuando la caldera empezaba a funcionar, un olor a garbanzos se percibía, ya, antes de entrar en la calle.

Las cintas (entonces no se llamaban películas) eran «La Pesca Milagrosa», «El Tonto y sus Zapatos», unos novios en viaje de luna de miel, y el paso de un tren, además de la «Sinfonía por la orquesta», que eran tres o cuatro músicos tocando el «Vals de las Olas» y alguna que otra pieza del género lánguido, como comienzo de programa, cosa que yo tomaba por otra película al leer el prospecto y siempre quedaba extrañado de que no se proyectara nunca.

Aquellos albores del cinematógrafo ya estaban superados cuando vine a Murcia y además con una novedad, la de las «varietés». Pero entonces las cintas eran parte complementaria del espectáculo. Fué mucho después, bastante después de «La Fornarina», «La Chelito», «La Otero» y otras, cuando la cinta alcanzó rotundamente rango de película e hizo, primero innecesaria, y después imposible, cualquier colaboración.

En las ferias, entre los arcos y el Instituto, los «Hermanos García» montaban su barracón. En él actuó una cancionista que se anunciaba «La Raquel», cultivaba el género sicalíptico más leve. Alguien me ha



asegurado que fué la Raquel Meller. No puedo saberlo. Recuerdo que era menuda, finos sus ademanes, recatado su gesto, estribando la sicalipsis en la mayor o menor picardía de la canción.

¿Y quién cantaba en este barracón, o en el de Minuesa, ahora no recuerdo, una canción romántica con fina picardía y música agradable que decía así

*«Yo soy florista y vendo la violeta»...?*

DESPUES...

Por el año 1908 en el barracón de Minuesa instalado, entonces, en un antiguo solar de la Plaza de Santo Domingo, «La Montalvito», que mejor le hubiera cuadrado llamarse Montalbona, hizo popular su nombre y el siguiente cuplé:

*«Con mi mantón de colores  
voy a los toros en coche,  
y por la tarde al paseo  
y a la verbenaaa... de noche».*

Después venía el estribillo:

*«Mi mantón chulapón, pañolón de chulapa,  
bien ceñío y bien cogío, ningún hombre se me escapa».*

Y a continuación el recantoneo y el revoloteo de la acampanada falda de lentejuelas. Los espectadores de los primeros bancos se alborotaban cuando en el revuelo asomaban hasta media pierna, los bajos profusos de volantes y encajes de un amplio calzón.

Tuvo bastante éxito la «Montalvito» en el referido barracón. Era imponente, podría decirse mujer de trapío con la debida honestidad. Con «su mantón de colores», arrancaba olés y sombreros cuando aparecía en escena, garbosamente, marcando un pasodoble. Un espectador solía arrojarle, castizamente, su sombrero cordobés, gris plata, que llegó a regalarle, en su despedida, rendido de admiración artística.

El cinematógrafo de Minuesa fué popularísimo. Las «Variedades» se sostenían en el cartel largo tiempo. «La Montalvito» actuaba semanas y semanas sin cansancio en la taquilla, casi exclusivamente con la canción de «su mantón de colores».

Hubo un excéntrico caricato que se llamó «El Canela». Actuaba en un número caricaturizado de soldado raso y persistió tiempo incalcula-



ble con canciones como ésta, que se popularizó, repetida hasta el aturdimiento por los chiquillos:

*«Chiquilla por ti estoy loco.  
Y yo por tí estoy mochales.  
Tontibiri, chatibiri, chatunguibili...  
Carne de mis propias carnes  
te estoy queriendo la mar».*

Entre los recuerdos del cinematógrafo y los barracones, tiene gran presencia aquel actor del cine mímico, Max Linder, que tanto deleitó en la pantalla, extraordinariamente simpático. Fueron muy característicos su bigotillo, su monóculo y su levita; sus gestos expresivos y sus vivaces movimientos. Muy divertidos sus argumentos a base de carreras, perseguido por sus posibles suegros de enfurecido bigote, que siempre le atrapaban y, zarandeándole, descomponían su elegancia, a la vez que la rapta salía del tronco del árbol donde se había ocultado, suplicando a sus padres piedad para el raptor. Entonces las películas eran explicadas conforme se iban proyectando continuadamente, y había que oír al explicador Valera las cosas que se le ocurrían a propósito de la novia suplicante, y cómo amenizaba las carreras de Max Linder, y todos reíamos, los pequeños y los mayores, los de los bancos y los de Preferencia.

No era cosa fácil ser explicador de cine. Había que improvisar y retener después la improvisación en la memoria. Solamente con una pasada para conocer la película, tenía que hilvanarse la explicación, para después, repetirla en dos o tres sesiones. Valero fué un explicador amenísimo en el cine de Minuesa.

Después de la Feria empezó la temporada del «Cinematógrafo y Varietés» (así era anunciada) en el Teatro Circo. Aquí el cinematógrafo comenzó a superarse y por el escenario desfilaron artistas bastante selectas. Las cintas, o películas, eran complemento en el espectáculo. Lo principal del programa lo constituían las «Variedades» o sea las artistas, «La Fornarina» o «La Chelito» u otras que no están en mi memoria. La primera ponía en boga «La Matchitcha», que aunque fuese canción picaresca, por lo menos en las primeras secciones la representaba con recato sin recargarle intención. Ignoro si, luego, en las «secciones glaucas», —así se anunciaba la última sección— armaría el estruendo; yo era entonces un



jovenzuelo y nunca asistía a esas secciones. «La Fornarina» tuvo, dentro de su género, facultades artísticas que la distinguieron. -

A «La Chelito» la ví actuar una sola vez. Tenía fama de ser buena artista. No la recuerdo bien, pero juzgándola de oídas difería de «La Fornarina».

Aquel cinematógrafo y sus «Varietés» fué, para mí, un pasatiempo ligero que no podía encauzarme ni interesarme seriamente. Fué el teatro bueno el que me orientó hacia un propósito de adquirir conocimientos culturales y artísticos.

(Notas de un libro en preparación:  
*Biografía de un pintor en Murcia*)

